

## CAPÍTULO II.

### EL PONTIFICADO.

#### SECCION I.<sup>a</sup>

##### LA MISION DEL PONTIFICADO.

###### § I.—Apreciacion del pontificado.

En la Edad Media, el papa es reverenciado como el sucesor de San Pedro y como vicario de Jesucristo; su poder espiritual está universalmente reconocido; y encontrándose en el décimo y undécimo siglo papas hez de la especie humana, afluían, sin embargo, los peregrinos á los sepulcros de los apóstoles; Gregorio VII y sus sucesores sostienen una violenta lucha con el imperio; sin embargo, los emperadores no se permiten poner en duda el poder divino de la santa sede; el más formidable enemigo del papado, Federico II, incrédulo en una época de fe ciega, no se atreve á desafiar la opinion general; bajando la cabeza ante el papa, reconoce su superioridad en la jerarquía establecida por el mismo Dios. La Edad Media era, pues, católica y debía reverenciar al pontificado; y en efecto, los destinos de éste están íntimamente ligados á los del cristianismo tradicional; la sociedad cristiana es una, como basada en la posesion de la verdad, que es la misma en todas partes y en todos los tiempos. ¿Cómo mantener esta unidad de espíritu y de dogma? El papado es el órgano al mismo tiempo que la garantía de la unidad cristia-

na; Jesucristo mismo le fundó en la persona de San Pedro. El Verbo de Dios se encarnó en la Iglesia, de la cual es jefe el papa: tal es el fundamento del poder del pontificado, fundamento inmóvil durante tanto tiempo como el cristianismo histórico es la creencia de la humanidad.

Pero esta conviccion de la divinidad del cristianismo y del pontificado no seguirá siendo la creencia de la humanidad, porque descansa en un error, en la milagrosa revelacion del Verbo de Dios; el espíritu humano protestó muy pronto contra el derecho divino de los papas, sin sospechar que atacar á los papas era atacar el cristianismo tradicional; la guerra contra Roma trajo la Reforma, y el papa fué señalado por la mitad de la cristiandad como el Antecristo; mas con el papado se va tambien el cristianismo mismo; los protestantes creen operar una reforma en la Iglesia volviendo al ideal del Evangelio, y se encuentran con que inauguran una revolucion religiosa. El protestantismo conduce á la negacion de los dogmas fundamentales del cristianismo histórico; llegará día en que pensadores salidos de la Reforma darán la

mano á los filósofos que niegan la divinidad de Jesucristo. Tal es la union íntima que existe entre el papado y el cristianismo tradicional: el cristianismo, tal como se ha desenvuelto en la Edad Media y bajo el imperio, domina con el pontificado, pero cae con él.

El siglo XVIII tenía la conciencia instintiva de la union del cristianismo histórico y del papado; su mision era destruir la fe que había guiado la Edad Media, pero que no satisfacía á la humanidad moderna; de aquí el encarnizamiento que respiran los escritos de los filósofos contra el papado. Condorcet muestra á Roma ensayando sobre el universo las cadenas de una nueva tiranía, y á sus pontífices subyugando la igncrante credulidad con actos groseramente forjados, mezclando la religion á todas las transacciones de la vida civil, para satisfacer su gusto, su avaricia y su orgullo; castigando con un anatema terrible, por el horror con que sorprendía el espíritu de los pueblos, la menor oposicion á sus leyes y la menor resistencia á sus insensatas pretensiones; teniendo en todos los Estados un ejército de monjes, siempre dispuestos á exaltar con sus imposturas los terrores supersticiosos, á fin de levantar más poderosamente el fanatismo; privando á las naciones de su culto y ceremonias, en las cuales se apoyaban sus esperanzas religiosas, para excitarlas á la guerra civil; perturbándolo todo para dominarlo, y ordenando, á nombre de Dios, la traicion, el perjurio, el asesinato y el parricidio (1).

Este lenguaje es el de un enemigo, y no puede ser el de la historia: el historiador no debe aborrecer, sino amar. Se trata de la humanidad al apreciar los hechos y los hombres. Todo el pasado, á pesar de sus miserias y sus errores, ha sido un paso en la marcha laboriosa hácia el fin que Dios ha señalado á nuestros esfuerzos; maldecir una fase del desenvolvimiento de la humanidad es maldecir la humanidad y maldecir á Dios, y estas maldiciones son efecto de una pasion que ciega y que impide penetrar en el sentido de las cosas y en el espíritu de los hombres. Nosotros odiamos

(1) CONDORCET, *Cuadro de los progresos del espíritu humano*, página 150 y sig.—El lenguaje de SMITH, célebre economista, es tan violento como el de CONDORCET: «Se puede mirar la constitucion de la Iglesia romana durante los siglos X, XI, XII y XIII como la conspiracion más terrible que se haya formado jamás contra el poder civil, así como contra la libertad, contra la razon y la felicidad del género humano.»

porque ignoramos, porque conocemos imperfectamente; Dios, que todo lo ve, no aborrece. Penetrémonos de un rayo de amor divino, para hacernos dignos de estudiar la vida de la humanidad.

El siglo XIX ha revisado la condenacion que nuestros padres lanzaron contra el papado; reconoce lo que hay de grande en el cristianismo, y por esto mismo está dispuesto á juzgar al papado con equitativa imparcialidad; pero hay un escollo en esta reaccion: la ilusion gana fácilmente á aquel que juzga con amor. Escritores alimentados con las ideas modernas han creido encontrar en los papas de la Edad Media defensores de la libertad y de la igualdad: «Tribunos dictadores, dice Chateaubriand, la mayor parte del tiempo escogidos los papas entre las clases más oscuras del pueblo, recibieron su poder del orden democrático, y tuvieron por mision vengar y mantener los derechos del hombre,» (1).

Esta rehabilitacion es tan falsa como la maledicencia del siglo XVIII. No, los papas no son «los patriarcas del liberalismo europeo,» (2); su mision no era de libertad, sino de dominacion; no venían á libertar á los hombres, sino á imponerles un yugo de hierro; su poder tiene las raíces, no en la soberanía del pueblo, sino en las profundidades de la doctrina católica y en las necesidades de la Edad Media, en la cual hace falta penetrar, si se quiere apreciar el papel del pontificado: esto es lo que han hecho los historiadores alemanes á las mil maravillas; pero han encontrado otro escollo en su alta imparcialidad: á fuerza de estudiar tiempos de fe, han confundido las edades y han creido que la fe del siglo XII podía ser aún la del XIX; el catolicismo ha venido á ser un ideal; ahora bien, idealizar el pasado, es calumniar el presente y falsear el porvenir. Si el catolicismo es el ideal, es necesario repudiar los sentimientos, las necesidades y las creencias que hemos adquirido con el desenvolvimiento progresivo de la humanidad; es preciso deshacer lo hecho desde la Reforma, y volver cuatro ó cinco siglos atras. ¿Quién no ve la imposibilidad de este retroceso, y, por consiguiente, el error del sistema histórico que á él conduce? Fija la vista en el porvenir es como debemos juzgar lo pasado; es necesario apreciar con imparcialidad y con amor;

(1) CHATEAUBRIAND, *Memorias de ultra-tumba*.

(2) Así es como LAMENNAIS llama á Gregorio VII en *El Porvenir*.



pero, léjos de idealizar, es preciso no ver más que un momento en la vida infinita del género humano.

### § II.—Necesidad del papado.

Los destinos del cristianismo están ligados á los de la raza germánica. Aunque la doctrina cristiana sea producto de la civilización antigua, no estaba llamada á regenerar el mundo gastado en que nació y se desarrolló; la corrupción universal ganó al mismo cristianismo, que estaba á punto de perecer cuando Dios envió á los Bárbaros. La religión cristiana y la raza germánica son los dos elementos cuya unión íntima producirá la civilización moderna; pero los conquistadores del imperio, abandonados súbitamente en medio del lujo y de la decrepitud de Roma, se corrompieron al contacto de una sociedad podrida. De la mezcla de la barbarie germánica y de la decadencia romana resultó una monstruosa desmoralización que amenazaba con una pronta disolución á los Estados nuevos, apenas formados; la Iglesia estaba destinada á salvar la civilización moderna en su cuna, moralizando á los Bárbaros; esta posición de la Iglesia frente de los pueblos germanos es la que determina la misión del papado y el desenvolvimiento de la humanidad en la Edad Media.

La Iglesia tenía un poder esencialmente educador para los Bárbaros; pero no le podía tener sino á condición de dominar sobre los hombres rudos que estaba llamada á educar. Deduce su derecho á la dominación del poder espiritual que la conciencia general la reconocía. La doctrina cristiana separa el alma del cuerpo, las cosas espirituales y las temporales, el mundo futuro, que es la verdadera vida, y el actual, que no es más que la preparación de la vida; da la preeminencia al alma, á lo espiritual, á la vida por venir. ¿Qué puede conducir á esta existencia espiritual? ¿Quién tiene autoridad sobre el alma? La Iglesia. Dios ha dado á los apóstoles el poder de atar y desatar; y si la Iglesia tiene poder sobre el alma, también debe tenerle sobre el cuerpo en todo lo que se refiere al alma; el poder espiritual da necesariamente acción sobre lo temporal en lo que interesa á lo espiritual. Reconocer á la Iglesia el poder espiritual es, pues, darle una acción incesante é ilimitada sobre lo temporal.

¿Quién ejercerá ese poder espiritual? Hay en el

seno de la Iglesia lucha entre el episcopado y el papado; siendo todos los obispos sucesores de los apóstoles, todos tienen parte en el poder espiritual; mas el obispo de Roma pretende que le pertenece la supremacía, como sucesor de San Pedro y vicario de Jesucristo, y hasta el siglo X es la aristocracia episcopal quien vence; hemos dicho, además (1), cuál ha sido la misión del episcopado: formula dos dogmas en los grandes concilios, y mientras llegan los Bárbaros, sirve de apoyo á la Iglesia; mas la aristocracia episcopal no tiene las condiciones necesarias para llenar la misión del catolicismo, porque los obispos dependen, por la fuerza de las circunstancias, del Estado, y su dependencia va creciendo del V al X siglo: el Estado nombra los obispos, administra la Iglesia y aún regula los dogmas; en medio de la anarquía que sigue á la invasión, la intervención del Estado fué un bien para la Iglesia; el brazo poderoso de Carlomagno la salvó de la disolución; pero esta subordinación no podía traer á la Iglesia á su condición normal; era contraria al espíritu cristiano, y estaba en oposición con la misión del cristianismo frente de los Bárbaros. ¿Cómo el poder espiritual había de pertenecer á los que, representantes del poder temporal, debieran postrarse ante la Iglesia, órgano del poder espiritual?

La subordinación misma del episcopado comprometía la existencia del poder espiritual; en efecto, ¿qué es el Estado del cual dependen los obispos? Un Estado bárbaro, y la sociedad toda entera es presa de la barbarie; los obispos, confundidos con los guerreros y tomando de ellos los gustos y las pasiones, se hacen bárbaros en vicios y costumbres, ellos que debieran combatir la barbarie. ¿Cómo la Iglesia, así envilecida, había de aspirar al poder espiritual? ¿Cómo obispos concubenarios, guerreros y manchados de crímenes, habían de tener la pretensión de representar el poder del alma sobre el cuerpo? ¿Cómo habían de moralizar á los Bárbaros los infestados de los mismos vicios que la sociedad bárbara? Y si el poder espiritual está viciado en su esencia, ¿qué va á ser de la Iglesia? Si la Iglesia pierde su influencia, ¿qué será de la civilización? La Iglesia y la civilización habrían perecido en la anarquía feudal si, por una violenta reacción, el papado no se hubiera apoderado del

(1) Véase la parte quinta de mis Estudios.

poder espiritual que el episcopado era incapaz de mantener.

La Iglesia tiene una alta misión: es la antorcha espiritual de la Edad Media; pero para guiar á la humanidad hácia el ideal cristiano, debe ante todo realizar este ideal en su seno; y representante del poder del alma, que sojuzga al cuerpo para marchar libre á la conquista del cielo, debe la Iglesia separarse de la sociedad laica, donde reinan las pasiones brutales, la fuerza y la violencia. No puede participar ni aún de los sentimientos legítimos de la sociedad laica. Dejaría de ser un poder espiritual si se encadenara por los lazos del matrimonio ó ambicionase la posesión de los bienes de la tierra. Á la sociedad laica corresponden el matrimonio, la propiedad y los placeres de este mundo; á la Iglesia, el celibato, la comunidad de bienes, el sacrificio: tales son las condiciones rigurosas del poder espiritual, y el papado las impone al clero; una vez constituido así el poder espiritual, la Iglesia está salvada y puede llenar la misión que Dios la ha confiado.

Tal es la razón profunda del advenimiento del papado; no ha habido nunca poder más legítimo porque está fundado en la necesidad; no es por la ambición ni por las circunstancias favorables por lo que los obispos de Roma han hecho el papado, es por la fuerza de las cosas; los Bárbaros tienen necesidad de un poder moral, educador, y Dios se le prepara en el cristianismo; reconociendo los Bárbaros el poder espiritual de la Iglesia, es preciso también que ésta se muestre digna de tan alta misión, debiendo ser un verdadero poder espiritual y organizándose conforme al espíritu del Evangelio; por esto el episcopado, corrompido con el contacto de la sociedad laica de la cual depende, se rebaja al nivel de la barbarie que debía moralizar; desde entonces la existencia de la Iglesia está en peligro, y la salva el papado, salvando también la civilización.

### § II.—Misión del papado.

#### I.

El papado organiza el poder espiritual y le concentra en sus manos; por eso adquiere el derecho incontestable de dominar sobre el poder tem-

poral; esta dominación ha excitado los más violentos ataques contra la ambición y tiranía de los sucesores de San Pedro; comprendemos tales invectivas, que son inspiradas en la reacción de la libertad contra las aspiraciones de un despotismo que sobrevivió á las circunstancias en que nació; pero no hay nada de absoluto en la vida del género humano; el imperio del sacerdocio, que en el siglo XIX sería un contrasentido, ha tenido su legitimidad en la Edad Media. En el siglo XI, la sociedad no era lo que es hoy; reinaba la anarquía, y no había más derecho que la fuerza; el Occidente amenazaba parar en un antro de ladrones. De tal modo ha cambiado el estado social, que es difícil formarse hoy idea de lo que era la Europa en la Edad Media; sin embargo, es tan esencial este punto, que, para conocer el papado, hay que conocer el medio en que ha nacido; los que le maldicen en lo pasado llevan nuestro estado social á la Edad Media, sin apercibirse de que cometen un inmenso anacronismo; partidarios de la doctrina del progreso, deberían comprender que cada edad tiene sus necesidades, y que si el papado es un contrasentido en tiempos en que reina la libertad de pensar y donde el imperio del derecho está asegurado, no sucedía lo mismo en una época en que las más nobles inteligencias atacaban la fe y en que la sociedad estuvo entregada al imperio de la fuerza; es preciso, pues, ante todo, colocarnos en el centro de estos siglos tenebrosos y de anarquía. Oigamos la voz de los contemporáneos.

El cardenal *Daniuni*, amigo de Gregorio VII, escribe al papa: "Los hombres del siglo invaden los bienes de la Iglesia; se engalanan con la sustancia del pobre, como si fuera despojo del enemigo; y después de esto, se arrojan unos sobre otros, y los crímenes se desbordan. ¿Quién teme el perjurio? ¿Quién se avergüenza de la impudicia? ¿Quién tiembla ante el sacrilegio? ¿Quién retrocede delante de los demás horribles delitos? El espíritu malo precipita con furor el género humano en un abismo de males inauditos; no se ven más que guerras, invasiones y ruinas; la espada mata más hombres que las enfermedades ingénitas á la naturaleza humana; se diría que el mundo entero es un mar agitado por la tempestad; las disensiones y discordias, semejantes á las olas irritadas, agitan todas las almas; el horrible homicidio recorre la tierra y la infecta con su pestilente soplo, y los desórde-